

H MADRID HISTÓRICO

Número 91 / 5,95 euros

ENERO/FEBRERO 2021

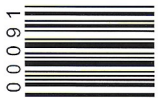
LA EXPOSICIÓN DE LAS ISLAS FILIPINAS (1887)

LA CARRETERA TOLEDANA:
ORIGEN DE LA N-1

ANSELMO MUÑOZ,
ALCALDE DE VICÁLVARO, II
UN PASEO DE INVIERNO
POR LA CAPITAL

DOSIER:

Madrid en el siglo XVIII



ISSN 1865-5810
9 771865 581007

M. Fátima de la FUENTE DEL MORAL
www.exploraldedesconocido.com
Fotografía: Javier MAESO

EL MARQUÉS DE MUDELA

Viajamos al Madrid de mediados del siglo XIX. La capital de España es entonces el destino más atractivo para quienes quisieran ocupar una posición destacada en aquella sociedad que el nuevo Estado liberal iba poco a poco diseñando. Pero la ambición de los especuladores iba a frenar las posibilidades de desarrollo sostenible de la economía de la ciudad, así como la generación de bienestar para su población. Es en aquella ciudad dinámica, de constante pugna de intereses, donde nos topamos con nuestro protagonista: don Francisco de las Rivas y Ubieta.

Nos encontramos en 1836. Don Francisco de las Rivas y Ubieta, que ya lleva dos años residiendo en la capital de España, se dispone a salir a la calle. Antes se cubre la cabeza con un sombrero del mejor paño. Por entonces había establecimientos en los que, a cambio de la chistera usada y previo pago de una pequeña cantidad, se recibía otra recién limpia, planchada y aderezada. Alguna que otra publicación mostraba más de treinta formas diferentes de ponerse la corbata, prenda variada y complicada en aquella época. Llevar una levita bien cortada demostraba nobleza y elegancia. El propio Mendizábal encargaba las suyas a un sastre de Londres. Indispensable para el hombre era, sin lugar a dudas, completar su estampa con un bastón, tanto si le resultaba necesario como si no.

Nuestro protagonista, convertido en primer marqués de Mudela tras serle otorgado el título en 1867, fue un destacado hombre de negocios nacido en Vizcaya y afincado en Madrid. Comprometido con la causa de Mendizábal, encontró en ella la manera de enriquecerse a través de la compra de bienes desamortizados. En la capital efectuará compras en las calles Aduana y Jovelanos, entre la que se encuentra la finca en la que él mismo edificará, en 1856, el teatro de la Zarzuela. En esta última vía, las casas que poseía correspondían a unas antiguas cocheras. Su morfología, prolongada hacia el interior resultaba oscura, por lo que no era fácil obtener de ellas un rendimiento económico adecuado, incluso si se acondicionaban. Y es que sólo contaban con

dos habitaciones por planta; una de ellas tenía vistas a la calle, pero la otra era interior y daba a un patio. Dado que dicha distribución resultaba incómoda, optó por no explorar esa inversión como un bloque de viviendas.

Don Francisco perteneció al círculo liberal progresista, hecho que lo llevó a beneficiarse de la contratación de obras. Gracias a los beneficios generados, desarrolló una gran actividad comercial con la que fue creando una gran fortuna. Invertió en tierras para el cultivo vitivinícola en La Mancha. Al morir, en 1882, destinó un 0,2 % de su patrimonio a obras de caridad, en concreto al mantenimiento de hospitales y casas de beneficencia. Entre sus bienes no faltaba un palco en el teatro de la Zarzuela, recogido en libros por un valor de 140 mil reales.



Caballero de Gracia.

Pero volvamos a aquel año de 1836, momento en que nuestro hombre cuenta veintiocho años. Ambicioso y en busca de ascenso social, había contraído matrimonio dos años antes con Rosa Urtiaga Rivas. Esta era hija de un importante comerciante afincado en la capital y quien sin duda le ayudó a hacerse un sitio en la comunidad empresarial madrileña. Tanto suegro como yerno eran de origen vasco, así que el paisanaje quedaba unido al parentesco a la hora de adentrarse en el entramado empresarial.

Precisamente en 1836 Mendizábal, con su decreto desamortizador, da el pistoletazo de salida para la enajenación de bienes que hasta ese momento se encontraban en manos de órdenes religiosas. Es entonces cuando se aprueba la demolición, entre otros, de los conventos de San Felipe, de la Merced, de los Basílicos o de la Victoria. De ellos saldrán los frailes que aún los habitan, por orden del gobernador Salustiano Olózaga. Pronto aparecerán nuevas plazas, como la del Progreso. Se ampliarán otras, como la de Santo Domingo. Y algunas cambiarán de uso; tal es el caso del espacio en que hoy se alza el Congreso de los Diputados.

Justo en ese año se estrena en el teatro del Príncipe el drama romántico titulado *El trovador*. Los restos del Caballero de Gracia se colocan en el oratorio diseñado en su día por Juan de Villanueva y se ordena el traslado a Madrid de la Universidad desde Alcalá de Henares. Nace el pintor Eduardo Rosales, quien en 1864 recibirá el encargo de pintar el cuadro titulado *Doña Isabel la Católica dictando su testamento*, en un momento clave para el ensalzamiento de la historia de España.

También en 1836 acaba el mandato del corregidor Joaquín Vizcaíno, Marqués Viudo de Pontejes. Pese a que sólo estuvo dos años al frente del consistorio, se esforzó en conseguir que la ciudad progresara e intentó mejorar su trazado urbano, optando por vías de diseño más racional, higiénico y ordenado que las que por entonces existían. Todo ello sin dejar de emplear métodos modernos que permitieran ahorrar costes, como el uso del gas para iluminar las calles. Y es que desgraciadamente aún había mucho que hacer para mejorar las condiciones de vida de los madrileños, entre los que el cólera había causado estragos en 1834. Justo el año anterior a la epidemia se había proclamado reina a Isabel II con tan sólo tres años de edad. En su honor se esculpió la fuente de los Galápagos, hoy situada en el parque del Retiro, así como la del Obelisco de la Castellana, emplazada en la actualidad en el parque de Madrid Río.

En su afán por ayudar en todo lo que podía, Pontejes fundará el Asilo de San Bernardino para mendigos y la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, destinada, según decreto de 1838, a hacer productivas las economías de las personas laboriosas. Su objetivo era en cierta medida asistencial y tenía como fin fomentar el ahorro entre las clases



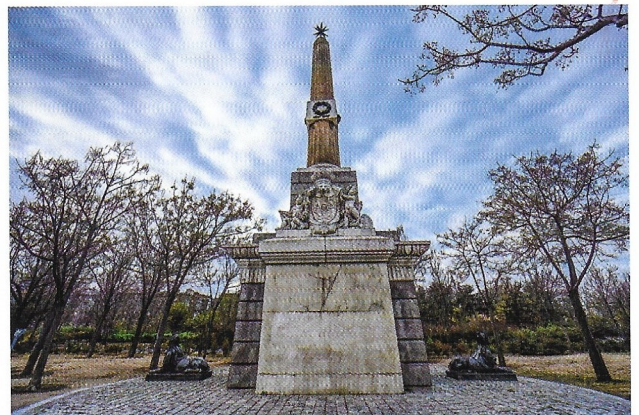
Palacete donde vivía el marques de Mudela.

más modestas y drenar de este modo el pequeño ahorro. Tuvo como asesor a Mesonero Romanos. En 1890, cincuenta años después de su muerte, el escultor Medardo Santmartí y Aguiló lo immortalizará con una preciosa estatua que hoy podemos ver en la plaza de las Descalzas.

Falta un año para que la comitiva fúnebre con los restos de Mariano José de Larra se dirija al cementerio de la Puerta de Fuencarral. Y para que se aprese de manera definitiva a Luis Candelas. Por decisión de María Cristina de Borbón, Madrid ya cuenta con Conservatorio de Música y Declamación. Será esta reina regente quien suprima la Inquisición de manera definitiva.

Son tiempos en los que la economía y los negocios evolucionan. Sirva como ejemplo el hecho de que la Bolsa de Madrid había celebrado su primera sesión en 1831, cuando aún estaba situada en la plazuela del Ángel. Poco a poco la ciudad se irá transformando en capital del capital, lo que implicará que los usos sociales se modifiquen. También don Francisco de las Rivas irá cambiando su enfoque vital y pasará de una posición original progresista a otra más bien conservadora. Esto también afectará a su forma de entender los asuntos económicos. Así, a medida que se va acercando al canovismo, va participando de manera más dinámica en el despegue del capitalismo español.

Con el tiempo el marqués de Mudela fijará su residencia en un palacete de nueva planta y porte italianizante



Fuente Castellana.



Teatro de la Zarzuela.

clásico, construido en 1846 en la Carrera de San Jerónimo (hoy, número 40). Obra del arquitecto José Alejandro Álvarez, el edificio será conocido por la vecindad como la Casa de la Lujuria, debido a las cariátides de torso desnudo tan llamativas que lucía la fachada en su cuerpo superior. Estas fueron diseñadas por José María Gullart. El valor del inmueble quedó fijado en 5,6 millones de reales. En 1951 será adquirido por el Banco de Crédito Industrial, con la intención de fijar en él su sede. Acabará en manos del Estado, que en 1998 se hará con él para ubicar allí nuevas dependencias del Congreso de los Diputados.

En aquel Madrid de 1836 los nuevos hombres de negocios tendrán necesidad de contar con un discreto y sosegado lugar de reunión en el que poder tratar sus asuntos. Así que, siguiendo la estela de otras capitales europeas, donde el espíritu de asociación irrumpe con fuerza, surgen los clubs sociales. Con este fin, en ese mismo año se crea el Casino, como nuevo espacio de sociabilidad y comunicación desde el que poder conectarse con la red social y de poder de la ciudad. Este centro de reunión elegante y sofisticado, que pronto se convertirá en un auténtico enjambre de influencias, pasará por distintas sedes, todas ellas cercanas a la Puerta del Sol, hasta que en 1910 se trasladará a su ubicación definitiva en la calle de Alcalá. Entre sus socios, cada vez más ilustres y vinculados a los centros de poder, encontramos al marqués de Salamanca, a Diego de León, a Alcalá Galiano o a Donoso Cortés.

Es decir, en esta época Madrid es el destino más atractivo para quienes quieran ocupar una posición destacada en aquella sociedad que el nuevo Estado liberal iba poco a poco diseñando. Estos agentes aprovecharán dicha po-

sición y sus influencias para enriquecerse, tras lo que muchos buscarán ennoblecerse a través de matrimonios ventajosos con aristócratas que se encuentren en la ruina. Algunos aprovecharán las costumbres de la época para crear negocios prósperos. Muchos explotarán el hecho de que Madrid se halle en construcción y que además atraiga cada vez a más personas que quieren residir en la nueva capital del capital y que se apoyarán en redes de paisanaje para establecerse.

La ambición de aquellos especuladores iba a frenar las posibilidades de desarrollo sostenible de la economía

de la ciudad, así como la generación de bienestar para su población. Como compensación, aquella sociedad falsa e insolidaria ofrecía una supuesta compensación a los desfavorecidos, en forma de caridad y de beneficencia. El Romanticismo ha muerto y la estructura hacendística se ha colapsado. La esperanza en la que una nueva modernidad podrá sustentarse la constituye un nuevo sistema: el liberalismo, que en economía vendrá acompañado del capitalismo.

Pero aún hay mucho que hacer en Madrid para que se convierta en la digna capital del nuevo Estado liberal en construcción. La urbe tiene que ordenar su trazado y mejorar sus condiciones higiénicas. Pero en lugar de esto se dio una ola de construcción de viviendas. Por un lado, palacetes para los ricos; por otro, infraviviendas a través de cuyo alquiler los ricos eran cada vez más ricos. ■



Plaza de las Cortes.

¿QUIERES ACOMPAÑARNOS EN NUESTROS RECORRIDOS POR MADRID?

Como investigadores de la historia de nuestra ciudad, como escritores y como madrileños, nos planteamos enseñártela con calma, con cariño y con cuidado.

Tenemos actividades como «El Madrid de los fantasmas y de las casas encantadas», «Hotel Ritz entre bambalinas», «Crímenes, amores y recetas de cocina», «Madrid del ¡No pasarán!», visitas al Casino y a las reales academias, entre otras.

Más información en www.exploraldesconocido.com